

Sonia Prieto

El «ser» de lo humano y la mujer, «el anverso del ser» en María Zambrano

Mi propuesta es una aproximación al sentido de lo femenino en María Zambrano a través de varias de sus imágenes poéticas. A medida que avancemos en la búsqueda, la respuesta que se nos perfila es el ser humano, tal y como la pensadora lo entendía. A mi parecer, la correspondencia en su obra de lo propiamente humano y lo específicamente (*specie*) femenino se torna evidente si se toma la tabla de los opuestos de los pitagóricos como su patrón hermenéutico. La filosofía zambraniana reformula para rebasarla la condición de no-ser que la perspectiva categorial del pensamiento occidental atribuye a las entidades de “lo femenino” y “lo humano”, desde su origen en las dicotomías de la tabla de los pitagóricos que aquélla siempre tuvo muy presentes hasta su fijación definitiva en el sistema aristotélico.

En efecto, María Zambrano caracteriza la entidad del hombre con los elementos que se encuentran del lado izquierdo en la tabla; el no-ser, la multiplicidad, lo otro, la oscuridad y, tam-

bién, lo femenino¹. Si ya en su primer libro, *Nuevo Liberalismo*², presenta al ser humano como «el heterodoxo cósmico» (pág. 27), esto es, como “lo otro” —esencial— del Universo, este “otro” se encuentra en la tabla pitagórica del mismo lado que el elemento de lo femenino, el no-ser, y en oposición con el *hén* “masculino”, el presupuesto del *eón* de identidad inmutable de Parménides, el «ser» en el que la alteridad no ha lugar.

De este modo, estas páginas discrepan de una lectura del pensamiento zambraniano en que lo femenino se explique en clave de “género neutro”, a semejanza del concepto de “lo neutro” tal y como lo formula Maurice Blanchot³. Desde dicha óptica, ¿cómo entender lo que es la piedra de toque de la filosofía zambraniana —que es ante todo ética—, el saber de la Piedad o el “saber tratar con lo otro”?⁴; ¿cómo es posible fundamentar una ética en el trato de un “otro” que se ha neutralizado de antemano?

Por ello, puestos a explicar a Zambrano a través del pensamiento contemporáneo, creo

Notas:

¹ Vid. Aristóteles, *Metafísica* 986^a 22.

² Ed. Morata, Madrid, 1930.

³ Cf. Miguel Morey, «Lo femenino, género neutro», conferencia del III Seminario sobre la vida y la obra de María Zambrano. Universidad de Barcelona, 4 y 5 de mayo de 1998.

⁴ Vid. «El trato con lo divino: la Piedad», *El Hombre y lo divino* (1955), F.C.E., México, 1993, pp. 191-216.

que, en vez de remitir a lo neutro de Blanchot, deberíamos articular lo femenino en Zambrano en relación al paralelo que ofrece la noción de feminidad en Emmanuel Lévinas. Para éste, lo femenino es “lo otro” que no posee la alteridad como simple reverso de la identidad eléatica, sino de manera positiva o, en sus propias palabras, como «esencia o “de por sí”». Aquello desconocido que no es reductible a la simple oposición entre dos especies de un mismo género es lo femenino para Lévinas, *l'autrement qu'être* que «no se realiza como ente en una trascendencia hacia la luz, sino en el pudor», en el misterio⁵. Análogamente, Zambrano entiende la trascendencia humana como sucesivas inmersiones del Yo en los propios “ínferos” del alma, allá donde el Yo se “muda” de la “máscara” (*persona*) “pudorosamente” o en la intimidad de las propias “entrañas”⁶.

Para Lévinas, ser humano significa «vivir como si no se fuera un ser entre los seres» (es decir, “desinteresadamente”, *des-inter-esse*). Como si, por la espiritualidad humana, «se voltearan las categorías del ser en un “de otro modo que ser”»⁷. El Yo encuentra su identidad humana «a partir de la responsabilidad, es decir, a partir de esa posición o deposición del yo soberano» (EI. 95). Ésta es, por lo tanto, la forma original de trato del yo respecto a “lo otro” que no es cono-

cimiento que tiende a la absorción o *neutralización* de todo lo otro, que no tiende a hacerlo “sí mismo”, sino a través de una relación erótica que es *responsabilidad*, con lo que Lévinas critica el *éros* idealista de Hegel y de Heidegger desde el propio Platón, donde no hay lugar para lo femenino. Esta responsabilidad se entiende como la *servidumbre* del “sí mismo” al *visage* de lo Otro que demanda y súplica que no se le deje en soledad. Asimismo, es la servidumbre el «modo de ser» que, junto al padecer, María Zambrano postula como «heroísmo específicamente femenino»⁸.

Según Lévinas, el Yo puede convertirse en diferente de “sí mismo” —esto es, salir de “la soledad viril” a la que le encadena su propia identidad, según sus propias palabras⁹— a través de la *paternidad*. Por ello, Lévinas postula la *fecundidad* como categoría ontológica del ser humano. A través de una hipóstasis del “padre” en el “hijo” que conserva la otredad, el Yo se libera de replegarse sobre sí mismo de manera estéril, de retornar fatalmente sobre el “sí mismo”¹⁰. El propio Lévinas encuentra un acercamiento de conceptos entre el suyo del “hay” (*il y a*) y el de “lo neutro” o el “afuera” de Blanchot a propósito de la tentativa que se presenta al Yo como exigencia de liberarse de la sombra del “hay” (EI. 46-7). El “hay” es para Lévinas «el

Notas:

⁵ Vid. «El eros», *El tiempo y lo otro*, Paidós, Barcelona, 1993, especialmente pp. 127-132 (trad. de José Luis Pardo Torío de *Le temps et l'autre*, 1975). Lo cito como TO.

⁶ Vid. «A modo de autobiografía», «María Zambrano. Pensadora de la Aurora», *Anthropos*, n° 70/71, 1987, pp. 69-73, especialmente p. 72. Lo cito como «AMA».

⁷ «La responsabilidad para con el otro», *Ética e infinito*, Visor, 1997, págs. 89-97 (trad. de Jesús María Ayuso Díez de *Étique e infini*, 1982). Lo cito como EI.

⁸ Vid. «Eloísa o la existencia de la mujer» (1945), Elena Laurenzi, *María Zambrano. Nacer por sí misma*, Editorial horas y Horas, Madrid, 1996, pp. 91-113, especialmente p. 105. Lo cito como NSM. Para un estudio de la dimensión ética de la responsabilidad en el pensamiento de María Zambrano y del «ser responsable» como “categoría ontológica” propiamente humana, cf. Óscar Adán, «María Zambrano y la pregunta por el “ser”», conferencia del III seminario sobre la vida y la obra de María Zambrano, Universidad de Barcelona, 4 y 5 de mayo de 1998 (en este mismo volumen).

⁹ Vid. «Soledad e hipóstasis», TO. 95.

¹⁰ Vid. «El amor y la filiación» y «La fecundidad», TO. 134-39.

fenómeno del ser impersonal: “ello”» (EI. 43); lo absolutamente aterrador, “noche” en que el Yo se “ob-sesiona” y de la que se libera en el momento preciso en que entra en relación con lo “de por sí” otro —con “lo femenino” que se trasciende hurtándose a la luz— mediante la erótica de la responsabilidad. Así pues, el Yo sale del “ser”, liberándose de un trágico retroceso impotente en un “sí mismo” sin remisión, desde el postulado de una feminidad trascendente o de un “otro modo que ser” como pilar de su ontología ética del ser humano¹¹.

Una vida en verdad humana, concluye Lévinas (EI. 114), «no puede quedarse en vida “satisfecha” en el seno de su igualdad al ser, vida en quietud», sino que lo humano «ha de despertar hacia el otro, es decir, tiene siempre que deshechizarse; que el ser jamás es [...] su propia razón de ser, que el famoso *conatus essendi* no es la fuente de todo derecho y de todo sentido». Una vía para “de otro modo que ser” que postula la “condición femenina” de la fecundidad como la *conditio sine qua non* del éros en el hombre y que, a mi entender, María Zambrano extiende igualmente hacia la condición humana. No en vano, pues, su saber filosófico se identifica con la figura de una Virgen Madre («AMA». 72).

En el filosofar zambraniano lo femenino sólo podría leerse en clave de “lo neutro” si lo entenderíamos como lo “ne-utrum”, es decir, aquello irreductible a mero “revés” de un “sí mismo”. Con todo, la identificación de lo femenino con lo neutro deja sin explicación la capacidad fecundante del ser humano que Zambrano le

atribuye como cualidad ontológica. La condición y posibilidad de ser “otro” sin dejar de ser “sí mismo”, esto es, de ser “autor” de sí mismo¹², se fundamenta en un ser que, lejos de ser “lo neutro” sin más, conserva su carácter de “lo desconocido” siendo “sí mismo”, porque es capaz de hacerse “otro” de manera esencial —de trascenderse a la manera de “lo femenino” en Lévinas— gracias a la fecundidad y capacidad de alumbramiento propia de los cuerpos femeninos. Esta lectura de “lo femenino” como lo otro que el «ser» se encuentra de manera explícita en «Un pensador» (1975)¹³, artículo que dedica al poeta Antonio Machado.

«La mujer es el anverso del ser». Ante esta sentencia del Abel Martín de *Juan de Mairena*, a propósito de su amada inalcanzable e imposible, Zambrano se detiene e inquiere: «¿Qué sería, nos preguntamos, este “anverso del ser”», y responde: «Un absoluto impensable, se nos ocurre. Y que sea impensable no supone forzosamente su inexistencia». Finalmente, se pregunta si la mujer «no será un más allá del ser, ya que el ser no subsiste ante la nada, la nada divina» (ASR. 153). Zambrano acepta la denominación tradicional de la mujer como la “otra cara” del ser parmenídeo; sin embargo, en lugar de una visión de lo femenino idealizada —como es la de Abel Martín—, otorga existencia real a esta «mitad sombría» e impensable que es la mujer y la concibe como la «nada» que se encuentra más allá del ser —*epékeina tês ousías*¹⁴. Un espacio “sagrado”, no revelado e impensable según el poema de Parménides¹⁵ que coincide con la topología zambraniana de lo humano.

Notas:

¹¹ Vid. «contra la filosofía de lo Neutro», *Totalidad e Infinito*, Sígueme, Salamanca, 1987, p. 303 (trad. de Daniel E. Guillot de *Totalité et infini*, 1961): «Tenemos la convicción de haber roto así con la filosofía de lo Neutro: con el ser del ente heideggeriano, cuya neutralización impersonal ha subrayado la obra crítica de Blanchot, con la razón impersonal de Hegel que no muestra a la conciencia personal más que sus trucos».

¹² Vid. «Por qué se escribe» (1934), *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1986, pp. 31-8. Cito el libro como HSA.

¹³ Vid. *Andalucía, sueño y realidad*, Anel, Granada, 1984, pp. 141-163. Lo cito como ASR.

¹⁴ Vid. Plotino, *Enéada* VI 9, 11, 35-40.

¹⁵ Vid. H. Diels-W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Weidmann, Berlín, 1969¹⁴, frag. 28B 8.

De este modo, “lo otro” femenino coincide en su filosofar con el «ser» del ser humano, un «ser siendo» o no-ser¹⁶. En efecto, la ubicación plotiniana del ser de la mujer en un “más allá del ser” se corresponde con el lugar que Zambrano asigna al ser humano. En «A modo de autobiografía», dice sobre éste que es el ser que «busca sin tenerla la identidad ... no se trata de tener ya el ser, ni de conformarse con el ser, ese “es”, sino de ir —vuelvo al agua— más allá de sí mismo» («AMA». 72). Se trata de abismarse en el *agua* que es lo humano sin llegar a detenerse en «sí mismo», sino que, por el contrario, se ha de ir más allá de la unidad hallada. Se trata, en suma, de no conformarse con una unión con un “sí mismo” o mismidad a imagen del «ser» de Parménides, sino de “encarnarla”: “volver” nuevamente al *agua* —a la realidad de la nada que se «es», como un “volver en sí” o despertar consciente de la persona a un conocimiento creador del sí mismo, de su verdadera realidad, tras la previa “inmersión” al modo plotiniano en el propio “sí mismo”.

Estamos, por tanto, ante una trascendencia personal que pasa por la auto-negación. Es decir, ante una *autógnosis* que Zambrano asocia con un descenso ascético a las profundidades acuáticas de la propia realidad, para entrar en conocimiento con la *materia* que “se es”: un no-ser que categorialmente pertenece en la obra zambraniana al imaginario de lo femenino. Y este movimiento de remoción hacia el no-ser está legitimado por la vocación filosófica de crear esta

entidad de “lo femenino” mediante su alumbramiento, “transcribiendo” o “historizando” con la fidelidad que humanamente es posible el ser-Forma que en su fondo se le revela y que consiste en aquéllo de que su naturaleza de no-ser carece. En este sentido, Zambrano concluía en «Ante la “Introducción a la Teoría de la Ciencia” de Fichte» observando que «con razón se ha dicho que el progreso de la Filosofía es hacia dentro, cada vez más hacia dentro»¹⁷.

Aunque lo femenino no se encuentre delimitado como «ser», la existencia de la mujer —lo que no «es»— es real, aunque su conocimiento se escape a la propia razón humana. La vida de lo femenino existe, la «blanca hospedería», la «sombra buena», el «olivo solitario», el «alma viviente» se “dan” realmente. *Tópoi* literarios que, en su lectura de *Juan de Mairena*, Zambrano elabora como la mujer que «pide enigmáticamente al hombre [...] que se niegue trascendiéndose, y aun abismándose, que la siga más de lo que se entiende al modo espontáneo del hombre»¹⁸. Una figura “femenina” metafísica y real, alma humana que, en cuanto representa la “vida misma” del hombre, clama *de profundis*, con su «voz abismática»¹⁹, ser rescatada a través del «pensar divino» (ASR. 162).

Sólo tras haber analizado la distinción de géneros que se encuentra en la ontología metafísica de María Zambrano, donde el ser humano es el no-ser que “se invierte” en su propio espacio-tiempo, podemos acercarnos sin incurrir en ter-

Notas:

¹⁶ Y es de notar que la segunda hipótesis del *Parménides* en conexión con la sexta define al *bén ón* (131a9 y b1) como articulación entre unidad y multiplicidad, esto es, entre ser y no-ser como articulación dual (*syndyo*, 143d4), de la que puede extraerse la definición zambraniana del ser humano como el no-ser en continua trascendencia hacia el ser (cf. *Filebo*, 26d8). Vid. en *Los Bienaventurados*, Siruela, 1990, Madrid, pp. 80-1, las reflexiones sobre el ser y el no-ser en el *Parménides* en términos de «luz» y «sombra sagrada», unidad y multiplicidad. Lo cito como LB.

¹⁷ Vid. HSA. 163-71, especialmente p. 171.

¹⁸ ASR. 148 y 150. La cita se encuentra en la p. 156.

¹⁹ Vid. «La voz abismática» (1986), M. G. Blesa, *María Zambrano. Las Palabras del Regreso (artículos periodísticos 1985-1990)*, Amarú, Salamanca, 1995, pp. 201-3.

giversación a una afirmación como ésta que publica en una revista de los años treinta: «nunca diremos que la mujer tenga que igualarse al varón, antes será al revés» (NSM. 136)²⁰. Lo que consiste, a mi entender, en una llamada dirigida a la conciencia del ser humano, para que asuma su entidad fallida, su no-ser o nada de «ser», es decir, su “mitad” femenina que ha de elevar mediante un *lógos* creador a su propia posibilidad para alcanzar el ser que se sueña.

La identificación en el pensamiento de Zambrano entre la «vida misma» y el elemento por excelencia de lo femenino, el agua, se encuentra —como se sabe— por doquier en su obra. Así pues, examinemos en profundidad por qué lo femenino se identifica en ésta con el “elemento” en que parece consistir lo humano «en su presencia primera» y que difiere de los cuatro *ridsōmata* de Empédocles: «los elementos también los he ido descubriendo» —señala Zambrano en «AMA». 71— pero se olvidan como la tabla de multiplicar, que era la de Pitágoras [...] el mío entre todos ha sido el agua».

Un *agua* que, en efecto, se asocia a la naturaleza de lo femenino²¹. Así se constata en el siguiente pasaje de «Diotima de Mantinea»²², donde la propia protagonista se compara a la heroína trágica Antígona, pues ambas representan «la vida en su presencia primera» que se identifica con el elemento agua: «Antígona viva en su sepulcro impenetrable. Y su llanto es agua [...] la vida misma en su presencia primera; el agua» (HSA. 195).

Una caracterización de lo humano como

figuración femenina que, habiendo rebasado el *tópos* antropológico —como ella misma decía desde «Un pensador», según se vió—, pasa a representar el ser que pide trascenderse mediante la razón creadora. Por ello, fijémonos de nuevo en «A modo de Autobiografía», donde Zambrano expresa que el ser humano es el «ser esencial». Esta atribución del hombre se encuentra junto a la de «ser mediador». Y, además, añade que este ser mediador esencial es, paradójicamente, un “caos”: «se podría decir que lo propiamente humano fuera un caos -confiesa Zambrano-, pero el asunto inmediatamente suscitaría la pregunta de si es un caos del principio o si es un caos del final, o si es un caos en que se han apaciguado las contradicciones inherentes a la condición humana y aparece como una balsa, aunque no siempre de aceite, de transparencia» («AMA». 69).

La representación en «AMA» de lo humano como «caos esencial» «caos_esencial» —extraída tanto de la cosmogonía órfica como de la hesiódica—, una abertura “esencial” que aspira a ser aquello que no es (*kósmos*), habla de lo humano como *physis* primera y elemental comparable al *ápeiron* de Anaximandro. Un espacio-tiempo ilimitado que clama por un *noûs poietikós* —un «*noûs* anaxagórico», según la expresión de Zambrano— que lo penetre o «que sobre este mar planee», según ella misma propondrá en *Los sueños y el tiempo*²³. Esta figuración de lo humano como «caos esencial» conecta la imagen del mar y del agua con otra de las figuras femeninas del universo zambraniano, la Virgen María, caracterizada en su obra como «aguas amargas» de nuevo en «A modo de Autobiografía», «aguas

Notas:

²⁰ Aseveración que la editora, Elena Laurenzi, cita en el lugar indicado sin más contexto.

²¹ Para el “*tópos*” del *aqua femina*, cf. Walter F. Otto, «Dionysus and the Women», *Mith and Cult*, Thames and Houston, Londres, 1984.

²² HSA. 189-201.

²³ Siruela, Madrid, 1992, p. 77. Lo cito como ST.

primeras de la creación sobre las cuales el Espíritu Santo reposa antes de que exista ninguna cosa» («AMA». 70). Agua de “amargura” equivalente al *ápeiron*, el cual se encuentra en la tabla pitagórica del lado de lo femenino como el par opuesto de *péras* (“límite”) —masculino como el ser-uno de Parménides.

El nombre de María remite y simboliza la naturaleza acuática, caótica y primordial en que parece consistir lo humano en el principio —coincidiendo con la naturaleza primera del caos en el *Génesis* (1, 2) antes del surgimiento del *lógos*, del *Fiat lux*²⁴. Demanda éste una razón que penetre ese “bosque” que es la *physis* humana para aclararla, y no extinguirla, una acción creadora análoga a la búsqueda implacable de los *Claros del bosque*, título de uno de sus últimos libros (1977), donde la imagen del “bosque” es, por tanto, paralela a la del *ápeiron* acuático en que consiste la vida humana y que, en el pensamiento zambraniano, encarna la figura de la Virgen María.

Y este insólito «caos esencial», a pesar de su *específica* naturaleza irracional, contiene en sí la semilla del *lógos* creador o, en palabras de Zambrano, la «esperanza creadora». «Todas las cosas son agua o, más intelectualmente ya, todo es en el “apeiron”, es decir en la posibilidad, en la indeterminación», señala en *Notas de un método*²⁵. En la medida en que la vida humana es un ser «para sí», es *ápeiron*, posibilidad y promesa de autorrealización personal que se trasciende a

sí misma desde su originaria “condición femenina”, recorriendo el camino que va desde el «ser que padece» —según la identificación categorial de Aristóteles del alma con el *noûs pathetikós*²⁶— al que es «autor» de sí mismo, como denomina Zambrano al «ser persona». Esta posibilidad de «ser», que se asocia con la condición de los cuerpos femeninos de alumbrar sin poder librarse del tener que padecer, Zambrano la explicita en el contenido del nombre mismo de la Virgen María: «aguas *amargas* de la creación» («AMA». 72, la cursiva es mía). La “amargura” adquiere de este modo en el filosofar zambraniano una dimensión metafísica que se contrapone a la angustia existencialista, cuestión ésta en la que ahora no podemos entrar.

Pero, del pasaje citado de *Los sueños y el tiempo*, fijémonos ahora en la caracterización de «la fysis en lo humano» como *ápeiron* marino elemental que «promete y amenaza» (ST. 74-7). Una presentación que, asimismo, aparece en «La respuesta de la filosofía», donde se comenta que «Platón [*i. e.* en el *Parménides*] no gira en la claridad —en esa claridad que se tiene por paradigmática y aun exclusiva virtud filosófica— sino entre unas tinieblas que mucho tienen de sagradas. Unas tinieblas que *prometen* y a veces *amenazan* abrirse. Y es difícil creer que quien recorre tal camino se vea acometido por el temor y un temblor casi paralizantes [...] al cual se supuso [...] que sólo se asoman los místicos» (LB. 80-1, la cursiva es mía). Aquí, Zambrano traduce el

Notas:

²⁴ Cf. la traducción de los Setenta: *he de gê hên aóratos* ('sin límite', *ápeiron*) *kai akataskeúastos* ('sin orden', *a-kosmía*) *kai skótos epánō tēs abyssou* ('abismo marino') *kai pneûma theou epephéreto epánō toû hydatos* ('y el espíritu del dios planeaba sobre las aguas'). *Ábyssos* traduce en griego el hebreo *tehom/tehomot* que posee cinco sentidos básicos: 1. El *Okéanos* primitivo o espacio inmenso que, como una masa caótica de agua, envolvía la tierra, según la concepción hebrea del origen del mundo. 2. El mar, la profundidad del mar, las olas del mar, las tempestades del mar. 3. Las fuentes, manantiales, torrentes que manan de la tierra. 4. Las profundidades de la tierra, el abismo. 5. El infierno, sede de los condenados. Vid. el resumen de la comunicación de O. García de la Fuente «*Ábyssos* y *Abyssus* en la Biblia griega y latina» en el *IX Congreso Español de Estudios Clásicos*, SEEC, Madrid, del 27 al 30 de septiembre de 1995, p. 103.

²⁵ Mondadori, Madrid, 1989, p. 52.

²⁶ Vid. Aristóteles, *De anima* 429^a-439^a.

no-ser en torno al que gira el *Parménides* en términos de lo femenino —la tiniebla sagrada, la nada de los místicos que “se abre” para acoger la semilla del *lógos* creador y que en la filosofía zambrana se especializa en «esperanza creadora» de naturaleza erótica.

Ambas predicaciones (la promesa y la amenaza) responden de inmediato, especialmente en el pasaje de *Los sueños y el tiempo*, al imaginario griego sobre criaturas femeninas, seductoras y monstruosas, que habitan en un entorno marino, las Sirenas. Originariamente, eran figuras aladas, pero tradicionalmente se representan como seres femeninos de cuerpo a medias sumergido bajo las aguas marinas y su canto oceánico tiene el poder de arrastrar hacia una muerte marina a los atrevidos marineros que le prestan oído, tal y como testimonia el canto XII de la *Odisea*. En efecto, es «canto de la sirena» la imagen que recoge el llanto inarticulado que brota del *ápeiron* y que constituye su expresión primera (ST. 76). Así pues, la denominación de la llamada suplicante del *ápeiron* a su creación como canto de sirena indica el riesgo latente que corre el personaje que atiende a esta «voz abismática» sin poder resistirse a sumergirse en este “mar” para emprender la actividad creadora de la propia *physis* a la manera plotiniana, por inmersión en la propia realidad. Un Ulises abismado por la seducción oceánica, nos daría el paradigma del hombre cuya vocación por la trascendencia le ha hecho presa de ese “sí mismo” impensable que, aun así, precisa de una razón creadora. Y éste Ulises actual sería el hombre “en-sí-mismado” que Zambrano ya perfila en la heroína femenina Eloísa, la «representante de una especie superior de hombre [...] tan escasa hoy», mujer en la que se logra a través del heroísmo «específicamente

femenino» —el padecer y la servidumbre amorosas—, lo «imposible», pues, paradójicamente, para Zambrano «Eloísa es “ya” sí misma», esto es, en identidad con ese «ser» del que carece la realidad de lo humano (NSM. 107 y 11).

Así pues, el “modo de ser” de Eloísa y de su estirpe heroica femenina coincide con la manera del Ulises vocacional que atiende la “llamada oceánica” hacia el auto-conocimiento y que, de manera muy especial, Zambrano encarnará en la figura española del joven representante de los compañeros de la F.U.E., un «joven y ‘prudente’ Ulises» que «“sonaba” a estoicismo»²⁷.

Sin embargo, no hay que descuidar que se trata de un heroísmo también propiamente trágico el que caracteriza la acción de Eloísa y de su especie femenina. La fatalidad que acecha al ser humano que parte en busca de su trascendencia, a través de la “navegación” interior, es quedar paralizado a medio camino de su conocimiento de lo humano, padeciendo esa seducción y fascinación altamente amenazante de una naturaleza que se aparece enigmática, como la sirena del mito griego.

Y es que estamos ante la tragedia de una estirpe trágica que se queda prendada de la especie de “ser otro” que no se corresponde con la del ser humano, el «ser sin tener que hacerse», que acaba por fascinar al Superhombre nietzscheano —el que podemos reconocer en la *especie superior* de hombre que funda el heroísmo de Eloísa y que coincide con una «vida paradisíaca», a «imagen de una naturaleza llena de gracia», es decir, con el ser que es Naturaleza (*Natura*)²⁸. Estamos, en palabras de María Zambrano, ante «la fascinación de la Virgen» que siempre reconoció que le

Notas:

²⁷ Vid. *Delirio y Destino*, libro que redactó en los años cincuenta pero que no se publicó hasta 1989, Mondadori, Madrid, p. 178.

²⁸ Vid. «La huella del paraíso», *El Hombre y lo divino* (1955), F. C. E., 1993, 2ª ed aumentada, pp. 306-17, especialmente, pp. 311-4. Lo cito como HD.

Aurora

atrajo («AMA». 70). Una categoría de ser que coincide con el Paraíso natural porque el esfuerzo, el quehacer histórico por antonomasia, queda abolido, al modo de una vida natural que, antes que al Superhombre nietzscheano, ya sedujo a los estoicos de la Antigüedad, lo que refleja la expresión «"sonaba" a estoicismo» con la que Zambrano caracteriza la postura heroica del Ulises de la F.U.E. Una Virgen fascinante por su ya lograda identidad o «Palabra de Inmacula Concepción» que es adorada por sus «Creyentes», los «pensadores-poetas» entre los que se encuentra Nietzsche, pero que han dejado sin recrear en la forma imperfecta y, por lo tanto, propiamente humana, de la historia²⁹.

Para Zambrano, la figura de la *physis* humana, que es otra "imagen" que Naturaleza, es la que da al final de *Los Sueños y el tiempo* y que coincide con su definición de «ser persona»: «la "imagen salvadora" que va al final y que cuando aparece redime de todas las máscaras que la han precedido [...] en la poesía es Beatriz, Dulcinea, la que preside la creación poética personal. La guía. Y es en realidad la propia alma destacada, libre, activa. Su revelación atrae [...] hace al pasado que salga de su caverna, lo obliga a salir para ir desvaneciéndose, borrándose, consumiéndose» (ST. 151).

Es una sutileza, pero esta «imagen salvadora» no salva, sino que es una figura de redención que, asimismo, María Zambrano asocia con el heroísmo *específico* de lo femenino.

El carácter trágico que Zambrano imprime a la especie heroica que modélicamente representa la figura de Eloísa va de la mano de su aseveración de que, de los tres elementos que para los pitagóricos integraban el hombre, cuer-

po, imagen o sombra, y alma (divina), el segundo, la imagen o sombra, era el *principium individuationis*, lo propio de lo humano de la que todavía ni secta ni escuela ha podido dar cuenta hasta hoy, señala en «La condenación aristotélica de los pitagóricos»³⁰. Un día, por tanto, todavía por venir el de la Virgen de la Aurora, el día en que Ulises logre la *anábasis*, el retorno a la luz desde los íferos, a la vez que de su alma divina —el «alma pura» plotiniana o la Eurídice de los órficos-pitagóricos—, del alma humana, de esa "sombra" femenina —según la tabla de los propios pitagóricos— en que parece consistir la imagen del propio «ser» o "lo" humano.

Notas:

²⁹ Vid. «Apuntes sobre el lenguaje sagrado de la pintura y las artes», *Obras Reunidas I*, Aguilar, Madrid, 1972, pp. 221-36.

³⁰ HD. 78-124, especialmente pp. 114-6.